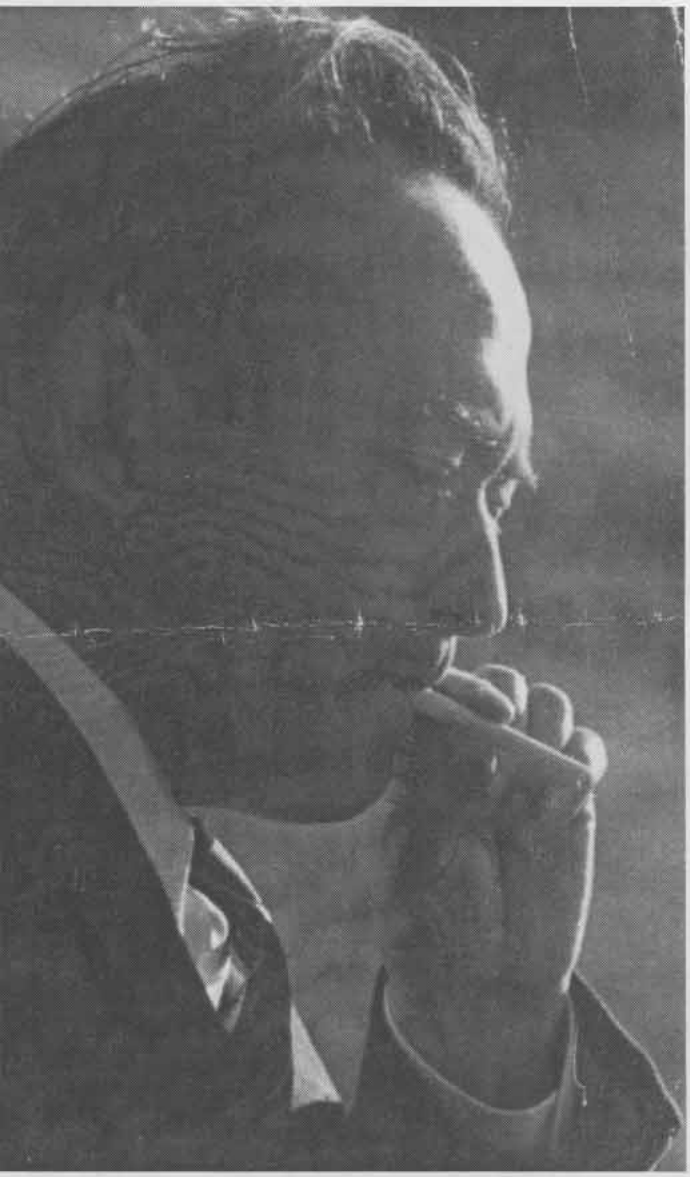
La sobriedad de González Vera



José Santos González Vera.
(Archivo Alvaro González Vera)

Luis Merino Reyes

José Santos González Vera nació en San Francisco del Monte, en la proximidad de Santiago, el 2 de Noviembre de 1897 y falleció en la capital, el 27 de Febrero de 1970. Sus estudios llegaron hasta el primer año de humanidades, primero medio, como se dice ahora, del Liceo Valentín Letelier de Santiago. El mismo recuerda su absurda obstinación de no estudiar, cuando su padre pretendía hacerle permanecer en el colegio. Amplió después sus conocimientos como autodidacto. Vivió en conventillos y piezas míseras cuyo único adorno era la imagen de artistas de cine, pegadas en la pared. Fue cobrador de tranvías y dependiente de la peletería del señor León Chamudez, hermano del periodista Marcos, en la Alameda Bernardo O'Higgins frente al antiguo Instituto Pedagógico.

Su trato era amable, de gran precisión si se trataba de evocar a gente contemporánea que había conocido bien. Algo de ello hay en su libro *Algunos*. Ocupó el cargo de secretario de la Comisión Chilena de la Cooperación Intelectual; perteneció al Instituto de Literatura Chilena, fundado, en noviembre de 1954. Colaboró en revistas y magazines nacionales, entre ellos "Atenea" de la Universidad de Concepción, en la cual publicó la serie de estampas que vinieron a constituir su segundo libro *Alhué* (Santiago, 1928). En 1950, se le concedió el Premio Nacional de Literatura, después de un almuerzo a la usanza francesa, en un restaurante santiaguino donde deliberó el jurado compuesto por Ernesto Montenegro, Francisco Walker Linares y el Rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, que presidió la deliberación.

José Santos González Vera.
(Archivo Alvaro González Vera)

Cuando era Muchacho de González Vera, libro directo autobiográfico, nos recuerda *Intimidad de un Novelista* del norteamericano Sherwood Anderson, aunque el chileno carece de ese puritanismo o sentido de culpa derivado acaso del protestantismo sajón, que obliga a confesar la flaqueza sin ningún atenuante, al contrario, cargando las tintas al pecado. González Vera poseía una bondad natural de la cual el lector de su tiempo a veces dudaba, inseguro de que exista tanta bonhomía en el mundo; pero que en seguida, aceptaba y pregonaba, seducido no por una palabra o muchas palabras, sino por un acto generoso de bondad sin reservas. De él conservo una botella con ágatas, recogidas por él mismo, donadas simplemente porque descubrió mi interés por su hallazgo.

Cuando era Muchacho lo publicó en 1951, recién decorado por el Premio Nacional de Literatura, al vivir esos momentos en que se levanta la cabeza ensimismada y se sale a mirar a quienes luchan, amortiguando las cuitas con sólo oirlas, transformándolas en nada, desde la propia satisfacción interior. El tomo, al revés de los anteriores, es de formato grande y disminuye su gracejo burlesco. Su número de páginas parece responder a la alusión que le hiciera otro competidor a la recompensa, en el sentido de que sus "obras completas" cabían en un cuaderno escolar.

En verdad, González Vera fue un contemplativo sonriente, que perdonó los dolores que le deparó la existencia inicial y los devolvió para honesta recreación de los demás, sin acentuar la nota, confiado más en el efecto producido por una prosa serena, desencantada, vecina de los tristes recuerdos. Pero la virtud de esta prosa es su amenidad. Es un hombre quien habla, alguien que ha visto bastante y que sabe decir lo que ha visto, sin pequeñez, sin limitarse con ninguna pasión, algo que termina por seducir.

Enrique Espinoza, de su edad, seudónimo de Samuel Glusberg, escritor judío argentino, avecindado en Chile, dueño de la revista "Babel", retrata con sagacidad a González Vera, en su libro *De un Día a Otro* (1955), cuando dice: "Sin mayor bagaje, a instancias del poeta Domingo Gómez Rojas, que al poco tiempo moriría en la cárcel como mártir de la libertad, González Vera ensaya el difícil arte de convencer por escrito. Recurre instintivamente a la prosa, y, pequeño filósofo, no tarda en delinear sus futuras *Vidas mínimas*. Desde la partida, el pensamiento revolucionario se le antoja el más aristocrático, espiritualmente hablando. Vale decir, el menos proclive a los lugares comunes.

"Sin embargo, antes de fundar una revista propia, "La Pluma", que vende, administra y redacta él mismo, trabaja para el grupo editor de Selva Lírica, y, por consejo de su amigo Juan Gandulfo, arrima después el hombro a Númen. Allanada esta última por la policía, emprende viaje al sur de Chile. Mientras se procura el pan, escribiendo en un diario de Temuco, estrecha su amistad con Gabriela Mistral. En Valdivia, cansado del periodismo, entra de obrero en una fundición.

"Vuelto a Santiago, recala en "Claridad", órgano de ideas renovadoras, que sigue las aguas del núcleo capitaneado en Francia por Henri Barbusse".

El retrato es sagaz y nos viene a la memoria, una noche de sábado o domingo en que vimos regresar de una de esas primeras ferias del libro que funcionaron en el Parque Forestal de Santiago donde los escritores vendían sus tomos directamente y los lectores formaban filas a fin de recibir un tesoro autografiado, algo que parece un sueño, vimos atravesar la calzada de la Alameda Bernardo O'Higgins, cogidos del brazo a Manuel Rojas, González Vera y el propio Enrique Espinoza como tres felices amigos de circuito cerrado.

Sigamos ahora la imagen que traza el propio González Vera de su amigo y cofrade de adversidad Manuel Rojas en su libro *Algunos*, Santiago, 1959:"Al escritor - escribe el biógrafo sin prisa ni fichas eruditas, sin más instrumentos que su pupila y su emoción - al escritor, los afanes en que participó por necesidad, inclusive aquellos que le hicieron llorar, se le transforman en sustancia, son minas pródigas de donde él extrae tesoros. Cada faena cumplida se le transforma en ventana abierta al mundo".

El cronista ha retratado en profundidad al novelista; pero no tenemos un retrato de González Vera, debido al novelista, acaso por el mismo oficio del fabulador que le sobrevive, ceñido a la afirmación profunda de su colega, de que sólo dispone de una ventana para mirar el mundo: el relato, la recreación de un ser vivo en la entelequia. Los grandes fabuladores que hemos conocido: Ramón Valenzuela Rodríguez, Marta Brunet, Luis Durand, Francisco Coloane, cuando evocaban sus personajes de la vida real no los ataban a motivos cotidianos, les dejaban libres como en los sueños. El

retrato mímico que nos hizo Marta Brunet del francés André Malraux, con todos los tics de su cara, nos sobrevive hasta hoy.

¿Qué le falta a González Vera para ser un fabulador inconfundible, vital? Su novela *Vidas Mínimas* está escrita en 1918. El narrador tiene 21 años y habita el cuarto de un conventillo, un mundo más complejo que su simple evocación. Hoy, en 1997, ese mundo se ha trasladado a la población marginal, con gente joven de cara hosca, envejecida por la adversidad. El abismo social es más fuerte, el pueblo urbano nueve veces más grande; los estímulos externos, aquellos que aproximan a la zona abismal de los patrones, más ineludibles; pero allí no reside toda la clave del problema. El protagonista de la novela de 1918, viene de la pobreza y habla un idioma distinto. Partió de un hogar estructurado, asistió a una escuela primaria religiosa; en seguida, a un liceo fiscal. No puede alternar de igual a igual con los genios del vivir al minuto, capaces de atisbar un brillo bajo el agua, sin medicina social que los ampare, con mujeres sometidas. Puede ser que allí resida la diferencia más profunda. Los oficios de Manuel Rojas y de Coloane se han repujado en contacto con la naturaleza y han sido capaces de romper otros influjos y de aproximarlos a la epopeya. Además, en González Vera hay un espíritu aristocrático nacido con él; una condición intuida por el crítico Alone (Hernán Díaz Arrieta) venido del señorío; pero ansioso de encontrar la humanidad auténtica para confundirse. Basta recordar algunos de sus hallazgos: Ricardo Puelma, *Arenas del Mapocho*; Carlos Sepúlveda Leyton, *Hijuna*; Nicomedes Guzmán, *Los Hombres Oscuros*; Oscar Castro, *La Vida Simplemente*.

A nuestro juicio, González Vera fue más bien un soñador que se movió en medio de su simbología, dándose el universo propio de los poetas, capaces de reorganizar las viejas palabras a cada paso. Y esto no deja de ser una hazaña.

José Santos González Vera (Archivo Alvaro González Vera).

Vimos a José Santos González Vera poco antes de su fin; fue en una institución bancaria, pálido y macilento, pero no nos aproximamos a saludarlo. Ha sido norma extraña de nuestra vida, no hacerlo, si el amigo va ensimismado o se muestra decaído, enfermo. Acaso influya la amistad con otro genio de nuestro tiempo: Joaquín Edwards Bello. Conversamos con él siempre por teléfono o en furtivos encuentros callejeros. Si nos saludaba sacándose el sombrero, debíamos seguir nuestro camino; significaba que el maestro no quería hablar. La situación cambiaba si se detenía, nos saludaba amablemente y poniéndose una mano sobre los

El escritor visto por Antonio R. Romera. (Archivo Antonio R. Romera)

labios, como si fuera a confesar un misterio, nos decía sin aguardar réplica:"Si usted está enfermo, pálido, adelgazado y se encuentra con un chileno, debe asentir a todo. "Si le dice: "Le veo mal", debe responder: "Sí, estoy mal"; si insiste y le pregunta: ¿Qué tiene, está enfermo?, conteste: "Sí, estoy enfermo, tengo cáncer...". Entonces el chileno se aleja cantando".

Es la observación, como es obvio, de un chileno y su confidencia a un compatriota que no sabía mirar la patria desde París.

El funeral del autor de *Vidas Mínimas* fue sobrio y silencioso. Curiosamente, González Vera y Salvador Reyes fallecieron el mismo día 27 de febrero de 1970, apenas con diferencias de horas. Ambos Premios Nacionales, más o menos de la misma edad, no quisieron discursos al borde de sus tumbas, ni siquiera tumbas convertidas en altares del futuro. Desearon ser llevados a un muelle silencioso donde se cumpliría el mandato bíblico: polvo eres y en polvo te convertirás.

Pero a pesar de estos resguardos, de ese ánimo de no hacerse presente ni de echar encima los antiguos y nuevos quebrantos, González Vera vuelve a nosotros. En noviembre de este año 1997, cumpliría cien años; el 14 de julio de 1976, fecha inolvidable es asesinado en Santiago de Chile, en un tiempo de oprobio, su yerno el insigne español Carmelo Soria y Espinoza; su nieta Carmen Soria sostiene una infatigable defensa, para que el crimen atroz no quede impune, enredado en la maraña de nuestras leyes; su hija Laura González Vera de Soria, residente en Madrid, en resguardo de su existencia y de la vida de los suyos rechaza el vil dinero acordado en homenaje de la víctima. Todos ellos nos sitúan de nuevo junto a González Vera, en el bullir de sus descendientes, de su propia sangre, más allá de sus virtudes literarias y de la acertada reedición de sus *Vidas Mínimas* como un clásico de nuestra literatura social.■

El estilista

Filebo

Era raro en su época que González Vera escribiese artículos virulentos. Solía ser cáustico, algo burlón, irónico, pero no virulento.

Pues bien, con motivo de la muerte de Charles. Maurras lo fue. En una breve nota publicada en la página de redacción de "Las Ultimas Noticias" atacó sin compasión la conducta para él detestable de Charles Maurras. Para los que lo ignoran todo y hacen de su ignorancia un privilegio de conciencia, Charles Maurras encarnó una de las figuras cumbres del pensamiento reaccionario en Francia. Fundador de la "Acción Francesa", leidísima hoja de batalla que servía a la causa política del mismo nombre, Maurras, agnóstico y católico por comodidad, monárquico y a la vez comtiano, magnífico autor de páginas memorables por cierto, se encontró ya en la vejez, una vez concluida la segunda guerra mundial, con que su patria lo juzgaba y lo condenaba por haberse puesto del lado de Vichy, del gobierno del mariscal Petain, durante la ocupación alemana. A Maurras se le estimaba estilista en su lengua.

Como se sabe, González Vera adquirió prestigio de estilista con su primer libro, *Vidas Mínimas*, obra aparecida en 1923, que acaba de reeditar LOM Ediciones en un volumen prologado por Luis Alberto Mansilla. Alone, Hernán Díaz Arrieta, nombre no del todo olvidado en la literatura chilena, presentaba así en ese entonces al autor de *Vidas Mínimas*: "En la nueva generación literaria, entre los jóvenes que tienen obra realizada, pero que no han publicado aún su primer libro, la personalidad de González Vera aparece completamente definida y aparte.

Es un espíritu muy curioso.

Fino, sutil, analista íntimo, habita un conventillo, entre lavanderas y zapateros remendones; pero en vez de lamentarse y huir de ese medio inadecuado, lo mira minuciosamente, lo estudia con ojo atento y lo describe detalle por detalle, sin repugnancia ni aspavientos de odio... Esta actitud de neutralidad impasible presta a sus páginas un aire nuevo y extraño...".

En 1950, al saludar la publicación de *Cuando era Muchacho*, obra de madurez de González Vera (precisamente agasajado con el Premio Nacional de Literatura en 1950), nos permitimos pagar tributo a la irreverencia de la juventud planteando un imposible cotejo de la prosa del autor de *Vidas Mínimas* con la del autor de *Las Cerezas del Cementerio* y el *Libro de Sigüenza*, el alicantino Gabriel Miró.

A raíz de esta publicación, González Vera no demoró en enviarnos una pequeña esquela en la que nos decía, poco más o menos, que estaría totalmente de acuerdo con nuestros reparos de no mediar el hecho de ser autor de la obra criticada.

Brillante, casi olímpica, la respuesta, sin duda.

En los años 70, con la tercera edición de *Cuando era Muchacho* (Nascimento, 1964) en la mano, nos disponíamos a refrendar la idea de la tenaz voluntad de estilo en la obra de González Vera. De pronto, al pasar de la página 118 a la página 119, unos vocablos armados, arreglados, monótonamente, empeñosamente, de la misma manera nos hicieron vacilar y casi caer de bruces sobre el libro abierto. He aquí, sin un adarme de mala fe, la forma en que González Vera abre o clausura sus oraciones muy a menudo en este libro: p. 118: "**Diéronme** empleo de ilustrador...". p. 119:"Al personal **mirábale** de soslayo... **Dirigíame** contadas palabras. **Lavábase** sus manos dos veces... **Parecióme** bueno modificar los patines... El carpintero **mostrábase** agitado... Este, luego de hurgarse la nariz, acto estimulador de su actividad mental, **díjome**...", etc. Veamos el diccionario:

De **enclítico** se habla en gramática por la parte de la oración que se une con el vocablo precedente, formando una sola palabra, como los pronombres pospuestos al verbo: **acercósele.**

Confesemos que el despilfarro del enclítico en las oraciones nos desanima a simple vista en cualquier tipo de prosa, incluso en la de los juzgados, donde el recuerdo de don Andrés Bello ya casi no cuenta.

Mucho más desanima la presencia repetida del enclítico en las páginas de un estilista. De otro lado, la horrible presencia, que a lo mejor no es sino un mero prejuicio de nuestra parte, no quita ni pone rey en el curso de la admirable humanidad de González Vera. ■

José Santos González Vera.
(Archivo Alvaro González Vera).

José Santos González Vera.
(Archivo Alvaro González Vera)